



José Vicente Rangel Vale

Homenaje en sus 50 años

Ana Ávalos (compiladora)


EL PERRO
y LARANA



José Vicente Rangel Vale

Homenaje en sus 50 años


ELPERRO
yLARANA

1.ª edición, Fundación Editorial El perro y la rana, 2025

© Ana Ávalos (compiladora)

© Fundación Editorial El perro y la rana

Fundación Editorial El perro y la rana

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Facebook: El perro y la rana

X: @elperroylarana

Instagram: @perroylarana

Threads: @perroylarana

YouTube: ElperroylaranaTV

Tik Tok: @elperroylarana

Edición y corrección

José Jenaro Rueda

Diagramación

Arturo Mariño

Diseño de portada

Arturo Mariño

Imágenes internas y de portada

Fotografías cortesía de Ana Ávalos

Hecho el Depósito de Ley:

ISBN: 978-980-14-5823-4

Depósito legal: DC2025001173

José Vicente Rangel Vale
Homenaje en sus 50 años

ANA ÁVALOS (comp.)

INTRODUCCIÓN

Dos hombres, dos generaciones que se encuentran de nuevo en las palabras: Jóvito Villalba y José Vicente Rangel; este nacido un año después de las jornadas que metieran en la historia a aquel: los sucesos estudiantiles de 1946; reunidos por la simple emoción en el año 1946, cuando Rangel adscribe la política de Villalba para marchar juntos hasta 1963, en que las diferencias políticas e ideológicas los separan. Dos caminos que se abren en el acontecer democrático con un elemento identificador: la lucha por el país. Uno planteó la democracia; el otro, avanzando en la continuación de la democracia y el socialismo. El reencuentro se produce justo al cumplir cincuenta años de su natalicio José Vicente Rangel Vale, cuando Villalba pronuncia el discurso de orden en el homenaje ofrecido al dirigente socialista por sus amigos. En esta pequeña muestra literaria se recoge ese momento: el encuentro de dos hombres, dos generaciones en los caminos comunes de la paz, la democracia y la unidad.

CARACAS, AGOSTO DE 1979

PRÓLOGO

POR LA PATRIA

En 1975, el MAS inicia una cadena de mítines en las principales ciudades del país, denominados “Por la Patria”, en los cuales participan sus principales dirigentes y su candidato presidencial en 1973, José Vicente Rangel Vale, quien en una campaña novedosa y creativa frente a las opciones tradicionales incorporó al debate el planteamiento del socialismo a la venezolana, apoyado entonces por la fuerza mejor organizada y en expansión en el universo de la izquierda. En 1977, luego de ser escogido en una consulta interna con el mecanismo de asambleas de base, Rangel –quien nunca abandonó el ajetreo periodístico y los contactos de calle– fue proclamado nuevamente como candidato presidencial del Movimiento Al Socialismo, MAS.

El escenario político había cambiado con la polarización en firme entre AD –en el poder, con la gestión agresiva de Carlos Andrés Pérez–, que presentaba la opción de Luis Piñerúa Ordaz; y Copei, como resultado de una convención nacional celebrada en el Poliedro de Caracas, que escogió a Luis Herrera Campins, uno de sus líderes históricos, lo cual replanteaba el viejo duelo electoral entre adecos y copeyanos.

CAMPAÑA HISTÓRICA

José Vicente, a quien acompañé entonces como periodista, se enfrentaba a una campaña inédita y basada, más que en los recursos económicos, en la imaginación y la creatividad de los militantes. Con escasa atención de los grandes medios de comunicación, saturados por la propaganda bipartidista, el candidato privilegió los diálogos personales en plazas y esquinas de los pueblos; ante la profusión de afiches y costosas pancartas de los adversarios, se tomaron las paredes disponibles para murales a cargo de conocidos pintores y jóvenes militantes, que durante horas trabajaban acompañados por vecinos curiosos e interesados en conversaciones sobre el país y las propuestas programáticas del candidato socialista.

José Vicente, como buen periodista, en una libreta tenía nombres de personas populares e influyentes de las poblaciones a las que visitaba, para conversar y trabar amistad a despecho de sus militancias. Muchos llegaron a comparar al candidato con los fieles religiosos que de casa en casa solían recomendar la lectura de la Biblia. Fue conocido el caso del dueño —adeco— de un conocido restaurante en Guanare, que tenía colocado un retrato de su candidato Piñerúa Ordaz y cercano colocó el afiche de José Vicente; y que ante la curiosidad de los visitantes, decía: Piñerúa es un candidato y José Vicente es “un amigo”. O la anciana que visiblemente nerviosa, con lágrimas en los ojos, lo abrazó en Cumanacoa y le contó que tenía muchos años sin poder dormir, y que ya no creía en médicos ni remedios, “pero me dijeron que usted, como descendiente de José Gregorio, podía hacerme un milagro”. Mientras ello ocurría, nuevos nombres opositores apostaban al resultado de las elecciones del 3 de diciembre de 1978.

Algunos representaban a otras organizaciones aferradas a la vieja tesis de unidad de la izquierda y otros, estimulados entonces por el auge de las encuestas, confiaban en el llamado “fenómeno electoral”

registrado en años anteriores en las votaciones metropolitanas y del centro del país.

Los comicios de diciembre definieron por modesto margen la victoria a favor de Luis Herrera Campins (2.487.318 votos) frente a Luis Piñerúa Ordaz (2.309.577 votos); y el tercer lugar, con candidato y partido en ascenso, a favor de José Vicente Rangel con 276.083 frente a 90.060 de Diego Arria. Los otros aspirantes fueron Luis Beltrán Prieto Figueroa, Américo Martín, Héctor Mujica, Leonardo Montiel Ortega, Alejandro Gómez Silva y Pablo Salas Castillo.

50 AÑOS

Los resultados abrieron camino para la consolidación del MAS como el factor que quebrantaría el bipartidismo y el planteamiento socialista como una alternativa válida en el corto plazo. José Vicente volvió a la Cámara de Diputados y a su incansable tribuna periodística, ya al borde de los cincuenta años que cumpliría el 10 de julio de 1979, fecha en la cual recibió un merecido reconocimiento a sus luchas y trayectoria profesional. Por cierto, en dicho acto celebrado en el hotel Ávila, en Caracas, las palabras de rigor estuvieron a cargo de Jóvito Villalba, a quien consideraba su maestro desde 1946, cuando joven, en Barquisimeto, ingresó a la filas de su partido.

MANUEL FELIPE SIERRA

DISCURSO DE JÓVITO VILLALBA



José Vicente:

En el camino de paz, libertad y unidad que has escogido, tienes en el pórtico de tus 50 años más amigos de los que supones.

Desglosada del mundo durante cuarenta años por una tiranía tan estúpida como cruel, hija de su ruralismo y su pobreza, Venezuela

se incorpora políticamente a la humanidad moderna, entre 1936 y 1958, con medio siglo de retraso.

Cuando empezamos a vivir en libertad y a renovar nuestro gobierno por el procedimiento democrático del voto, la democracia era ya un régimen que había entrado en crisis en el resto del mundo y que respetada donde quiera era, asimismo, cuestionada donde quiera. Europa, cuna de nuestra cultura y de todas las ideas que la orientan, estaba ya penetrada y parcialmente dominada por un movimiento de crítica y negación de la democracia, con signo revolucionario socialista a la izquierda y con signo totalitario reaccionario a la derecha.

Estados Unidos, la primera democracia del mundo, no escapaba de este proceso de deterioro institucional que ocurría en Europa, tanto por el contagio reflejo que siempre tuvieron en su vida los movimientos políticos de ultramar como por la crisis que se desarrolló y profundizó en el seno de su pujante economía, y que habría de llevarlos al borde del colapso en los años 30. Del colapso los salvó la mano vigorosa de Roosevelt, pero Roosevelt cumple este milagro al precio de llevar a Estados Unidos a participar como asociado de primera importancia en la lucha militar desatada por el nazismo y

fuerzas reaccionarias de Europa, con el vesánico propósito de liquidar en Occidente el sistema democrático, destruir el experimento socialista que tiene su centro en Moscú y remacha a los tobillos del mundo colonial de Asia y África, presto a liberarse los grilletes de una nueva milenaria explotación.

En la guerra mundial que se desataba por el nazifascismo triunfarán las fuerzas aliadas de la democracia y el socialismo. De este triunfo surgieron, a poco, colateralmente, la victoria de la Revolución Socialista en China y la independencia de los pueblos asiáticos y africanos. El sistema colonial se desplomó. Surgieron las Naciones Unidas. Un nuevo equilibrio de fuerzas nació en el mundo.

En los días en que ya la guerra se acercaba a su fin y era muy claro adonde nos llevaría, pronuncié unas palabras al graduarme como abogado y ante numerosos amigos expuse algunas ideas sobre los horizontes políticos que abría, ante la humanidad de la segunda mitad del siglo xx y del siglo xxi, el triunfo de la alianza democrática socialista sobre las criminales fuerzas del fascismo. Para mí era ya entonces claro que la humanidad estaba llamada a organizarse para vivir “con la democracia del presente y el socialismo del mañana”. Y con la audacia inteligente de aquellos años, añadí, a base de datos y observaciones apresuradamente sorbidas en mis estudios de derecho, que dos hechos derivados de nuestra experiencia, incrustados en nuestra historia, me hacían pensar que América bien podía ser el asiento, el campo, para experimentar y definitivamente poner en marcha la síntesis por venir entre la democracia y el socialismo, entre la libertad y la justicia: la norma regalista que la Madre Patria española puso en la base de todo el sistema jurídico-político del orden colonial, en contraste con los principios individuales, calvinistas, que imperan en el norte desde el nacimiento de las primeras colonias; y la gran democracia racial, el mestizaje instituido por España, por sus adelantados, por su pueblo conquistador y colonizador, en contraste con la discriminación y el racismo que fueron la ley en el norte y que hoy proyecta en la vida de aquel gran país que ha sido capaz, por otra parte, de crear la primera democracia del mundo y, con ello, el portento de un progreso tecno-económico antes desconocido: la violencia racial, la discriminación, una barrera de odios y prejuicios difíciles de saltar, de superar en la marcha hacia el porvenir.

Para entender la experiencia democrática de Venezuela entre el 14 de febrero de 1936 y hoy, es necesario colocar al fondo el telón del cambio histórico mundial, del nuevo equilibrio político del que ella forma parte y en el cual ella se inserta hasta el presente.

Somos un pueblo como ninguno, ligado al mundo y a su historia, a la circunstancia que surge más allá de sus fronteras, a las luchas armadas e ideológicas de la humanidad; a Europa, a Norteamérica, al África y Asia; a la gran nación continental. Unidas con lazos que el cielo formó, la América toda existe en nación, dice la letra del Himno Nacional. En 1803, cuando nos visitara junto con el sabio Bonpland, ya Humboldt proféticamente observaba: “En Caracas puede estallar la primera chispa del conflicto que se aproxima entre la Madre Patria y sus colonias, porque es Caracas donde he encontrado mejor información y mayor preocupación sobre lo que ocurre en el mundo”.

Miranda, Bolívar, Vargas, hasta el propio Guzmán, son personeros en este proceso de importancia, de impulsos civilizatorios y renovadores, y de proyección de estos impulsos hacia nuestro pueblo y hacia afuera, que contribuye la historia nacional. Bolívar y Miranda, ¡qué nobles ejemplos fueron de una política de intervención por la libertad, inscrita para siempre en el dintel de nuestra historia y sembrada por nuestra geografía costera, antillana y atlántica, en nuestro ardiente corazón de pueblo español y mestizo, indoamericano y afroamericano! Además del cambio histórico mundial que domina el lapso de tiempo de nuestra experiencia democrática contemporánea, debemos tomar en cuenta el material humano, al pueblo, que nuestra vida y nuestra historia nacional nos aportan como sujeto de esta experiencia.

Un gran maestro del derecho constitucional francés ha dicho que la grandeza y la tragedia de la revolución está en el hecho de que ella siempre trabaja con gentes formadas o más bien deformadas por los regímenes que combate; así, el pueblo de la Revolución Francesa era el pueblo desviado por siete siglos de despotismo capetiano. El pueblo venezolano, al que llamamos a ejercer la libertad democrática en 1936 y 1958, era el pueblo levantando, en la escuela de abyección

de nuestro despotismo, de nuestras guerras civiles, de una constante burla, la ley y las instituciones. Este pueblo es el contingente que entra en forma los partidos y a ejercer los atributos constitucionales de la ciudadanía, sin ser previamente educado por ese ejercicio. Para nosotros es cuestión de convicción y de fe rechazado siempre, la tesis pesimista de los sociólogos al servicio de nuestros despotismos, según los cuales la relativa impreparación de los venezolanos para el ejercicio de la libertad configura una incapacidad constitucional, permanente, hija de nuestros ancestros, nuestro mestizaje y hasta nuestra condición de pueblo tropical; y el resultado de pasajeras deficiencias, frutos de una experiencia histórica negativa, y los cuales, por esta, puedan ser removidos. Pero es asimismo necesario pensar y afirmar que una política sinceramente democrática tiene que colocar en el centro de sus preocupaciones la empresa de educar a los venezolanos, de prepararlos para el ejercicio consciente de la ciudadanía y para la lucha cívica en pro de la efectividad y la constante ampliación de sus derechos.

Es este el terreno en el cual hemos pecado más ciega y constantemente los iniciadores y dirigentes de la vida democrática nacional. Cuando la formidable revolución técnica, cumplida en los medios de comunicación, puso en nuestras manos un instrumento de prodigiosa eficiencia para hacernos oír de los venezolanos y orientarlos y educarlos para el ejercicio de la libertad, conquistada a costa de tantos sacrificios y tan ardientemente anhelada, permitimos que esos medios se convirtieran, al menos parcialmente, en los agentes de una nueva operación deformadora, tan lacerante y deletérea como las prácticas de la violencia, antes dominantes en la vida nacional durante casi dos siglos. En una operación que pareciera subyugarnos de nuevo, pero esta vez a poderes extraños, por los disolventes medios de consumismo, que nos arrebatan nuestra identidad nacional y van reemplazando la antigua austeridad y los resortes éticos de otros días

con los parámetros de una conducta fríamente materialista e indiferente ante los intereses de la nación y ante la suerte de su pueblo.

La democracia es eterna; ella no puede morir porque es, por esencia, el tránsito a las grandes metas de la redención del hombre, del imperio de la justicia y del espíritu, que están inscritas en el avance y la incontenible superación de la humanidad.

La libertad y las instituciones, que son la democracia, constituyen el vehículo de aspiración humana hacia la convivencia pacífica y la justicia.

Pero es inevitable que dentro de la vida democrática pugnen quienes, por ignorancia o por interés, pretendan que la libertad sirva para mantener en pie sus privilegios; y quienes ven en la libertad el camino para avanzar hacia una situación dentro de la cual todos los hombres y mujeres tengan justo acceso al fruto de su trabajo y a las conquistas de proceso y la civilización; y que la soberanía de los pueblos, el derecho de los pueblos a regir y organizar su propia vida, libre de toda extraña tutela, sea respetada en un mundo de paz.

Cuando en 1958 reconquistamos las libertades —que sufren un eclipse desde el derrocamiento del presidente Gallegos y el desconocimiento por la fuerza de la gran victoria popular del 30 de noviembre de 1952—, pronto hubo de restablecer el cuadro de la lucha entre dos campos: el campo de quienes aspiraban a mantener en pie una libertad conservadora de la situación económica y social del país, con el sistema entonces vigente para explotación de sus riquezas; y el campo de quienes aspiraban a avanzar a través de eficaces reformas hacia el cambio de aquella situación. Cuando derrocamos la dictadura el 23 de enero de 1958, en esta política de reformas coincidíamos todos aquellos que habíamos trabajado en la clandestinidad contra el terror. El triunfo del 23 de enero fue fruto de la unidad.

En la junta patriótica que dirigió el movimiento precursor de ese triunfo se sentaban representantes de Copei, Acción Democrática, el Partido Comunista y URD, pero la agresividad de los problemas sociales del país, las limitaciones que nuestra dependencia económica y la explotación colonial o neocolonial de nuestra riqueza ponían a la acción social del Estado democrático, algunos errores cometidos por los partidos democráticos comprometidos en el poder y desviaciones de las fuerzas de izquierda –frutos, en la mayor parte, de un análisis equivocado a la Revolución Cubana–, rompieron la unidad inicial de aquella nueva experiencia política. La izquierda avanzó hacia la acción armada y el gobierno apeló a duras medidas de excepción para defender su estabilidad y mantener en pie el Estado democrático.

De ese enfrentamiento, en el cual operan factores nacionales autóctonos e impulsos e influencias endógenas, nace el cuadro de las fuerzas que hoy actúan en el escenario de la política nacional y se derivan efectos que, en gran parte, explican el atascamiento en la obra social del Estado y en la empresa de organizar instituciones fundamentales del Estado democrático. La creación de estas instituciones y la lucha eficaz de la democracia nacional contra la marginalidad, contra la injusticia y la desintegración moral que no amenazan, habría tenido que llevarse adelante dentro de un clima de unidad semejante al que hizo posible la victoria del 23 de enero. Y este clima dejó de existir. Este clima tiene que ser creado otra vez. Para esto tenemos que restablecer la paz, aprender a convivir y convivir respetando las diferentes maneras de concebir el problema político nacional; ser sinceros, entendernos sin renunciar a nuestras convicciones, adoptar entre todos el criterio de que la democracia es un sistema para unirnos, para entendernos, para avanzar. Que lo único con lo cual no puede la democracia transigir es con la mengua de nuestra soberanía nacional ni con la perpetuación del sistema de

injusticia, corrupción y derroche, que es responsable de la miseria de cientos de miles de nuestros compatriotas.



En medio de la tempestad desatada a partir de 1960 por errores cometidos por las fuerzas de izquierda, que propiciaron la acción armada, y por errores cometidos por el Gobierno y los partidos que lo ejercían, en su enfrentamiento a la acción armada José Vicente Rangel ha salido personificado con firmeza y espíritu democrático del país, denunciando excesos de la acción oficial, pero al mismo tiempo buscando el digno retorno a la vida cívica de grupos y de individuos que se habían alejado del trabajo político de masas y su colocación al margen de la ley democrática.

Su trabajo ha sido de una tenacidad y de una limpieza moral nunca superadas en la vida de nuestro país.

Para José Vicente, la pacificación no puede ser obra unilateral del Gobierno, merced otorgada por este a quienes renuncian a sus ideas y se vuelven así colaboradores del sistema. La pacificación es el camino hacia la paz, y la paz es el aire que respira la libertad cuando ella sirve de verdad al propósito de libertad y a dignificar la criatura humana.

Denunciando sin descanso, durante años, todos los abusos de la fuerza; identificándose con el gran movimiento socialista de nuestro tiempo, José Vicente ha conquistado ante la juventud y el pueblo de Venezuela una envidiable autoridad que le permite aconsejar a todos el camino justo, el camino de la acción de masas y del respeto a la ley democrática, sin que se sospeche de su sinceridad y sin que nadie pueda ver en su intachable conducta una maniobra para servir al sistema económico-social que combate, ni mucho menos para preparar o legitimar la claudicación de quien haya perdido su fe en la causa socialista o la voluntad para luchar por ella hasta el fin y hasta el triunfo de sus banderas.

Yo abrigo, ante José Vicente, criterios que me separan de su línea de conducta y acción. Como lo dije en declaraciones dadas a la prensa el 23 de marzo de 1978, no creo, en la presente circunstancia histórica, en la viabilidad electoral del socialista. Ante el hecho de que el mapa mundial político no nos presenta el caso de un solo Estado socialista que haya llegado al poder por vías electorales, yo no puedo pensar de otra manera. Pero estos dos años transcurridos desde 1978 hasta hoy han hecho cambiar parcialmente algunos de los criterios que entonces sostuve. Al presente, no creo que sea una impostura luchar en nuestro país por el socialismo por medios electorales. A base de la unidad de sus fuerzas y llevando al frente de ellas a hombres conscientes y capaces, luchadores “con los pies sobre la tierra”, poseídos por un sincero respeto hacia las instituciones democráticas y las tradiciones y soberanía de nuestro país, el

ejercicio electoral constituye un camino justo y viable para suscitar en las grandes masas populares de la nación el interés y las esperanzas revolucionarias, sin las cuales no puede, a la larga, triunfar el credo socialista.

José Vicente opone revolución y reformismo, y hablando de sus peninos políticos en URD condena como vacío o inoperante el reformismo de las fuerzas democráticas. Yo estoy sumergido en un río caudaloso del reformismo y creo, todavía, que no hay otro camino que la reforma para llegar a la revolución. Si algo nos enseña el medio siglo que lleva de experiencia el socialismo en el mundo es que no existe, en ninguna parte, ni ha existido en ningún momento de la historia, esto que un arranque de delirante utopía, ajeno a la doctrina más objetiva, y se llamaría “la revolución definitiva”.

La revolución definitiva no ha existido nunca. Lo que ha existido y existe son las reformas. Pero las reformas son para avanzar, no para maquillar el sistema; las reformas para mejorar la suerte del pueblo y afianzar la independencia de la patria, y para fortalecer la causa universal de la paz.

José Vicente decía anteayer, al comentar con un periodista su quincuagésimo cumpleaños, que le contentaba llegar a esa edad, ya que “cuenta con amigos”.

Yo veo mucho más esto que una anécdota biográfica convertida en una nota periodística. La política de José Vicente es una política para hacer amigos, para humanizar el perfil de su causa; para elevar y afirmar allí, donde es más difícil hacerlo, en el ardor de la batalla, la dignidad del hombre venezolano.

Esta dignidad fue relegada en remotos tiempos por una política que transitó por la violencia y significó el eclipse en nuestro país de los derechos fundamentales de la persona humana. Hoy todavía se alzan en Venezuela voces que piden que sigamos separados y enfrentados en campos hostiles; voces que afirman que los guerrilleros

de ayer son delincuentes irredimibles y es traición a la patria, de las Fuerzas Armadas, extenderles el perdón de la ley y ofrecerles oportunidad para rectificar e incorporarse con la frente en alto a la vida democrática de la nación.

A quienes así hablan yo les digo, con José Vicente Rangel, que los dirigentes de izquierda desviados hacia la violencia y la guerra fueron soldados de una causa que pudo estar equivocada en sus objetivos y medios de lucha inmediatos, pero que tienen derecho al trato que la humanidad civilizada viene aplicando dondequiera, en casos semejantes, en el camino de promover la paz y hacer posible el entendimiento democrático. En el año terrible de 1814, el Padre de la Patria fue autor o coautor del Decreto de Guerra a Muerte, de Trujillo, pero él fue también quien abrazó a Morillo en Santa Ana y puso desde allí en marcha, en 1819, la política de regularización de la guerra. La libertad no se consolida y el progreso, desarrollo y liberación de la patria no son posibles, sino a base de la pacificación. Que José Vicente Rangel personifique esta política y, por esta razón, aunque separados de él por motivaciones ideológicas, estamos a su lado todos aquellos que en todas las latitudes del prisma político nacional queremos que los venezolanos convivamos en paz, que nos respetemos recíprocamente y que dejemos de ser enemigos de nuestros adversarios políticos y nos convirtamos en amigos suyos.

La patria, que fue pobre y esclava en los días del odio, será grande y libre cuando la amistad y la paz prevalezcan definitivamente en el seno de la comunidad nacional.

José Vicente, muchas gracias. En el camino de la paz, libertad y unidad que has escogido, tienes en el pórtico de tus cincuenta años muchos más amigos de los que supones. Tus amigos somos todos los hombres y mujeres de buena voluntad en nuestro país.

DISCURSO DE JOSÉ VICENTE RANGEL VALE



TENGO PLENA CONCIENCIA DE
QUE EL ACTO DE VIVIR ES EL ACTO DE SERVIR

Amigas y amigos:

En un ensayo que conmovería a los hombres de mi generación, *Mensaje sin destino*, Mario Briceño Iragorri alertaba contra la tendencia nuestra a desintegrar y destruir “el estilo de vida de la

comunidad”. No somos una nación capaz de hacer balances, de admitir lo bueno y lo malo para tratar entonces de orientar el futuro. El viejo historiador reprochaba el despropósito nacional de hacer tabla rasa, con la cual, en el afán de borrar el pasado, de acabar con todo tipo de valores, de reaccionar negativamente ante los atributos de cualquiera y desconocer con mezquindad las virtudes de los demás, llegamos a “frustrar nuestra genuina fisonomía nacional”.

Briceño Irigorry afirmaba:

Nada más lúgubre y pesado que la marcha de una comunidad totalitaria, donde no haya comprensión ni tolerancia para los valores contrarios y para las aspiraciones opuestas, y donde, por lo contrario, se imponga una fuerza que quiera la unanimidad de las conciencias.

En la base de esta idea, desarrollada por quien fuera uno de los más lúcidos intérpretes del hecho nacional, está el concepto de tolerancia; de ahí la cita de José Martí que él hace en su estudio, en la oportunidad en que este describía, en junio de 1885, la fiesta celebrada en Estados Unidos para honrar a los soldados caídos en defensa de la vencida Confederación: “La tolerancia en la paz es tan grandiosa como el heroísmo en la guerra”.

Para mí, arribar a los cincuenta años, luego de múltiples experiencias y rudos combates, constituye un acto de compromiso con lo que he podido desempeñar del diario acontecer, con lo más valioso de ese esfuerzo, reflexión y búsqueda: la importancia que hoy asigno a la tolerancia y a la comprensión, sin renunciar por ello a mis propias convicciones, a las ideas socialistas y a la apreciación que tengo sobre el país; sino, por el contrario, fortaleciéndolas cada vez más en el campo del debate abierto y pluralista. Arribar, para mí, a esta edad, no es otra cosa que reconocer de los demás lo que yo no he podido hacer: hacerme cada día más consciente de que en el respeto al derecho de los demás está la verdadera noción de libertad y, al mismo tiempo, a través del tenue hilo

de la vida, reafirmar mi fe en el hombre. Pudiendo confirmar en estos mismos instantes, en la renacida Nicaragua, que hombre y libertad son una misma cosa. Tengo plena conciencia de que el acto de vivir es el acto de servir.

Servir a los semejantes, sin cálculo ni tarifa. Hablando de vivir y de servir, porque despertar cada mañana, sintiendo en nuestro cuerpo el correr de la sangre y la entrega a los demás, son una misma cosa. Nada vale la vida, si esta no es un permanente acto de entrega y de diaria creación, que el hombre solo puede lograr a base de coraje. Coraje cotidiano, más allá del brillo y del estruendo, en el taller y en la fábrica, en el surco y en el mar, el hogar; y en la vigilia del arte, de la ciencia y la cultura. Coraje en las situaciones más adversas y en las victorias para ser justo. Entrega y creación como prueba de que el ser humano es capaz de trascender. No me atrevo a perturbar la magia de la amistad que se ha hecho presente esta noche a través de ustedes, el efecto sin doblez, con palabras que no sean exacta medida de mi agradecimiento; por eso quiero ser deliberadamente parco. Lo que guarda mi ánimo respecto al gesto de ustedes y de los que no estén presentes no puede medirse por el número de palabras. Podría, en cambio, resumirse en una sola: amistad. Amistad que devuelvo en la promesa de la lealtad hacia unos principios, que, por la manera como concibo la política, nunca estarán desligadas de la condición humana. Amistad, al mismo tiempo, no enturbiada por las contingencias de la vida. Amistad transparente, resumida en la calidez del efecto manifestado durante todos estos días y en la organización de este acto, a cargo, entre otros, de mis entrañables amigos Julio Portillo, Mateo Manaure y Luisa Aída.

Si de algo me he jactado siempre, y hoy lo repito ante ustedes con satisfacción, es de tener amigos, de dar rienda suelta a la amistad; y con ello creo reivindicar lo que considero una de las

virtudes fundamentales de nuestro pueblo. En el fragor del combate político he tenido siempre, como norte, armonizar palabras y actos. Nunca he querido ir en las palabras a donde estas no puedan ser acompañadas por la acción y, de igual manera, jamás me he propuesto herir a nadie; y si lo he hecho en instante de vehemencia, nada me ha impedido rectificar. Una conducta consecuente no está reñida con el diálogo. Dilucidar diferencias no implica sacrificio de la relación humana.

Por eso mi culto por la palabra, por el compromiso que de ella emana. La erosión de la palabra es la erosión del espíritu. Admitir que la palabra es vulnerable, que puede circular como mercancía o devaluarse como moneda, es aceptar que quien la pronuncia –el hombre– es tan solo un traficante. Revaluar la palabra y, sobre todo, ciertas palabras, es revaluar al hombre. Dignificar la palabra es dignificar la palabra, es dignificar al hombre; pero el hombre y la palabra no podrán ser redimidos sino a través de un ejercicio de lealtad. La palabra que rescata a base de consecuencia y de fe, sobre todo, ciertas palabras como “tolerancia” y “lealtad” –como ha sucedido aquí esta noche–, es prueba inequívoca de que los viejos poderes de la amistad suelen ser más eficientes que muchas teorías.

Poderes de la amistad que sirven para invocar a los amigos idos, entre otros, Salvador de la Plaza, insomne defensor de la patria frente al imperio; Aquiles Nazoa, temerario de la luz y del ingenio; Fabricio Ojeda, el del alegre coraje; y Salvador Allende, la dignidad civil y el valor personal al servicio de una idea hasta el sacrificio, cuya memoria está unida al triunfo futuro de Chile democrático.

Aprovecho también la oportunidad para confirmar ante la visión optimista que tengo de vida. Con optimismo arribo a esta edad, con optimismo seguiré luchando por lo que creo hasta tener aliento. Optimismo para seguir trabajando por un país, por el

pueblo; por las ideas que profeso, maduras en este largo recorrido, para entender las complejidades de nuestra sociedad y asumirlas con la amplitud necesaria. Optimismo que nace de mi profunda confianza en el ser humano.

Que nadie piense que comienzo a buscar refugio. No aludiré a ningún compromiso. Sigo sintiendo el apremiado de servir que sentí a temprana edad. Sí debo confesarles que a lo largo de estos años he aprendido a que el acto de vivir en el combate político entraña una sabia combinación de prudencia y decisión.

Pero también me he dado cuenta de que la carga de los años puede ser aligerada, reforzando la acción y la fe. Miguel Hernández, el gran poeta español, que mucho sabía de luchas y esperanzas, él escribió en uno de sus poemas: "... el hombre no reposa, quien reposa es su traje" porque, en última instancia, uno está hecho para la lucha; y cumplida, en esta etapa de la vida mi disposición sigue siendo no desmayar nunca, aplicando toda la experiencia alcanzada y extrayendo diariamente de mi ser todo aquello que pueda ser útil a mis semejantes.

Mención aparte motiva en mí el gesto de Jóvito Villalba esta noche. La vida va trenzando destinos. Hilos de afecto o rechazo, de incomprensiones o de afinidades. Sutilmente, las vidas se aproximan o se separan en los actos de los hombres. Ingresé a la política, lo he relatado muchas veces por simple emoción, ante el impacto que causó en mí el acto torpe y brutal de una turba dirigida que le impida a un hombre, a este hombre, hablar. Mi primer contacto con la política, siendo yo un joven de 16 años, fue a través de la palabra silenciada y de un hombre que nunca ha tenido otra arma que el verbo. De él aprendí, con el tiempo, entre otras cosas, a perseverar y a saber esperar; a "esperar en la acción" como a él le gusta decir recordando a Lenin; y también aprendí algo que él dijera recientemente, con ocasión de rendir homenaje

a un hombre de su misma estirpe, el obispo Benítez Fonturvel: “... cuando los hechos de los hombres han sido fieles al espíritu y la humanidad se convierte en hechos de la vida de todos”. Allí está el sello del humanismo de Villalba, de cuya amistad, reforzada precisamente en el terreno de las diferencias que hemos tenido, siempre me he sentido orgulloso.

Interpreto lo que él, con el poder de su palabra, ha dicho esta noche, no a título personal; cada día me siento más deslastrado de pequeñeces y de vanidades. Lo que él ha dicho lo remito a toda una generación, a mi generación y a sucesivas generaciones, y en sus frases percibo ese aliento que permite dar continuidad en los hombres y en el tiempo, a lo que en el fondo no constituye otra cosa que el sentido de la esperanza.

Las batallas que Villalba ha dado, acompañado en distintos momentos por muchos de nosotros, nunca serán batallas perdidas; históricamente, son batallas ganadas en una lealtad a la causa de la democracia y a la libertad de los venezolanos, y en una visión de la vida que en sucesivas generaciones va prendiendo.

¿Qué otra cosa puedo decir esta noche?

Todo lo demás sobra o ya está dicho. El tiempo que pudieran ocupar unas cuantas frases más queda abierto a la emoción y al efecto; y, sobre todo, al compromiso de perseverar en el culto por aquellos valores que de una u otra forma nos han aproximado, en variados momentos, al largo de cinco décadas.

¡Que siempre sea así!

A nombre de los míos, de mi familia toda, de mi esposa Anita, gracias, muchas gracias...

JOSÉ VICENTE RANGEL VALE
A LOS 50 AÑOS:
“Me siento satisfecho porque tengo amigos”

CESAR MESSORI



Nacido en el seno de una familia austera, de ambiente espartano, José Vicente Rangel Vale correteó de muchacho por las inmediaciones de San Carlos; de ese mismo cuartel que decenas de años más

tarde, cárcel militar, habría de visitar tantas veces como guardián de los derechos humanos.

Hijo de un gomecista, su padre fue presidente del estado Barinas. Recuerda en sus años de adolescente a una sociedad patriarcal, donde la política no tenía para él ningún significado. Fue la educación, un proceso de racionalización, los que lo convertirían luego en lo que hoy es: un hombre convencido del socialismo, que no arriba a él por vías de complejos, de desahogos personales, de odios; sino a través de la comprobación de las grandes miserias, de grandes injusticias sociales y de un proceso de análisis que lo colocaron en esa situación. Pero esos procesos vividos nos explican que su vida se desarrolla sin una ruptura en el marco del hogar:

Mi padre, a la muerte de Gómez, se marginó de la política. Yo no vine a tomar contacto con la política sino a los 16 años, en el famoso Colegio La Salle, de Barquisimeto, donde una cantidad de dirigentes del actual gobierno estudió.

En el citado colegio se formaron, además de Luis Herrera Campins, Rafael Andrés Montes de Oca, Gonzalo García Bustillos, José Luis Zapata, Orlando Orozco y otros socialcristianos, contemporáneos de José Vicente Rangel Vale; figuras como Ramón Escovar Salom y, mucho antes, Gonzalo Barrios.

José Vicente, como los citados líderes copeyanos, se formó bajo las enseñanzas de dos grandes maestros: el hermano Luciano, un fuerte normando explosivo, de gran simpatía y calidad humana, fallecido hace algún tiempo; y del hermano Gaudencio, español, con mucha persistencia y sentido de la

realidad, quien influyó en forma determinante en la generación de los hoy cincuentones que comandan el país.

C. M.:—¿Cómo se hizo socialista un hijo de gomecista, formado inicialmente por sacerdote?

J. V. R.: —La educación que se imparte en el Colegio La Salle es bastante amplia. Yo diría casi que liberal, incluso muy demócrata.

Al colegio tenían acceso jóvenes de todos los sectores sociales; no era un colegio de élite y para esa época en la educación privada había dos líneas: la de los hermanos La Salle, definida en esa la forma; y la línea de los jesuitas, que aún no habían alcanzado el grado de desarrollo que hoy tienen. Para mí, sin embargo, no existía la política como tal.

Recuerda José Vicente Rangel cómo en 1937, pasando unas vacaciones en casa de su tío Román Cárdenas, tuvo la primera información directa de lo que se hablaba de la Guerra Civil Española; y cómo su primera participación en un acto político fue en una salida a la calle de los estudiantes de colegios privados, en contra del Decreto 32 del primer gobierno de Acción Democrática.

El citado decreto establece ciertas normas sobre la educación privada, obligada para los profesores a graduarse en el pedagógico; y si se quiere, la primera manifestación en que participó José Vicente Rangel Vale fue reaccionaria, de derecha:

Así lo apreció yo, posteriormente, cuando me empapé de la situación política; me di cuenta de que esa medida no perjudicaba a los estudiantes como tal, sino que establecía los necesarios mecanismos de control del Estado sobre la educación privada, con ánimo de mejorarla. Pero en aquel momento, es posible que la medida fuese aplicada de una manera un tanto mecánica y con rasgo de sectarismo. Es posible que la forma como se trató la materia fuera una de las causas de las respuestas que recibió. Es posible que hubiese fallado el diálogo. Fue una confrontación que se adelantó, sin que el país y el sector privado estuviesen preparados para ello.

Pero lo decisivo para la incorporación de José Vicente a la política fue una de las salidas a la calle del doctor Jóvito Villalba, con banderas frente a Acción Democrática; eran consignas populares, como la lucha contra el sectarismo. Acción Democrática, en su primera etapa de gobierno, fue sumamente sectaria; afincaba ese sectarismo en el vasto respaldo popular que tenía. Villalba levantó la necesidad de luchar contra ese sectarismo que estaba perjudicando seriamente

la experiencia democrática y planteó, incluso, la necesidad de un gobierno de integración nacional.

Los contenidos de esa política no tocaban al joven Rangel, neófito en la materia, pero le simpatizó la figura llamativa de un Villalba cargado de leyendas, que se enfrentaba a ese poderoso partido que estaba en el gobierno.

En un mitin en el teatro Arenas, de Barquisimeto, Jóvito Villalba fue objeto de un brutal sabotaje por parte de Acción Democrática; y el joven José Vicente Rangel Vale, junto con otros muchachos de su edad, vio cómo un hombre inerme, solo, fue agredido, brutalmente insultado por los saboteadores. Eso produjo en el joven Rangel un sentimiento de solidaridad hacia el dirigente atacado de esa manera:

Y un grupo de personas nos llevamos a Villalba hacia un centro cultural de Barquisimeto, Eutimio Rivas, que representaba un poco la política de la izquierda y del Partido Comunista frente a la AJV –Agrupación de Jóvenes Venezolanos–, de Acción Democrática, y frente a las organizaciones católicas. Allí Villalba pronunció un hermoso discurso y, a partir de ese momento, yo adherí a su política. Es decir, yo ingresé a la política a los 16 años, en una Unión Republicana Democrática-URD.

Vinieron luego los estudios de derecho en la Universidad de Mérida, las primeras luchas contra Pérez Jiménez, el proceso electoral de 1952; para esa época, ya Rangel era miembro de la Dirección Nacional de URD, junto con hombres como Villalba, Ignacio Arcaya, Juan Manuel Domínguez Chacín, Manuel López Rivas, etc... y trabajaba en el escritorio de Jóvito Villalba como secretario. URD, en 1952, desafío en la calle a la dictadura, denunció la violación de los derechos humanos, junto con Tarre Murzi, quien a mitad de campaña fue detenido; José Vicente Rangel acompañó al doctor Villalba en esa actividad. Incluso acompañó una vez al máximo líder urredista a una entrevista con Leonardo Ruiz Pineda, en San Agustín.

Vino luego el proceso de fraude. El doctor Rangel e Ignacio Luis Arcaya no asistieron a la entrevista con Villalba Lanz, en la que fueron detenidos los dirigentes de URD, y desde ese día toda la política del partido quedó en manos de Arcaya, Domínguez Chacín, Luis Miquilena, Manuel López Rivas y José Vicente Rangel. Luego se produjo su detención por parte de la Seguridad Nacional.

Interrogatorios, calabozos y traslado a la cárcel Modelo; gestiones familiares y, al final, la expulsión a Chile. Allí se casó con Ana Ávalos y su exilio culminó en España, donde, a raíz de momentos de liberación del régimen, se le permitió regresar al país. Participó luego en las actividades de la Junta Patriótica y el 23 de enero de 1958 le sorprendió en Caracas. Al restablecer la dirección de URD, Rangel continuó con su cargo de secretario nacional juvenil y entró a formar parte del Concejo Municipal provisional, junto con Marco Falcón Briceño, Leonor Mirabal, José Antonio Pérez Díaz, Salom Mesa Espinoza, Raúl Díaz Legórburu y otros.

Comenzó de su parte una intensa actividad periodística. Fue elegido, posteriormente, diputado por el Distrito Federal.

Fue director de los diarios *La razón* y *Clarín*, del semanario *Qué pasa en Venezuela*; presidente de la Comisión de Política Interior; y al final del proceso electoral de 1963, a raíz de una división del partido, abandonó URD con los sectores que se oponían a un pacto con Acción Democrática. Ganó el premio Nacional de Periodismo.

Desde 1974 formó parte de algunas experiencias unitarias del VPN, que recogía gente de URD, el PRIN —que dirigió Raúl Ramos Giménez—; y reunió en su seno a dirigentes del PRIN, antiguo grupo ARS y de sectores despreciados del MIR, que encabezaban Domingo Alberto Rangel, Jesús María Casa, Jesús Villavicencio y otros; así como los exurredistas Luis Miquilena y Mitiliano Torin.

Ese partido PRIN respaldó, en las elecciones de 1999, a Luis Beltrán Prieto Figueroa y José Vicente Rangel ocupó la secretaría

general. Luego se produjo una crisis interna y, de común acuerdo, para no crear nuevos enfrentamientos en campos de la izquierda, se disuelve el PRIN. El sector de Manzo González se queda con el nombre del PRIN y los demás dirigentes se declaran independientes. Para 1969 se produce una división del PCV y surge el MAS; este sector le ofrece respaldo y se produce el acercamiento MAS-Rangel, que lleva a este a su primera candidatura presidencial. Durante todos estos veinte años, José Vicente Rangel ha sido y, actualmente, es diputado al Congreso Nacional.

RADICALIZACIÓN

La trayectoria cronológica, pues, nos va trayendo a José Vicente Rangel desde un hogar, gomecista, por diversas etapas de liberalización, hasta el socialismo. La inversa de los procesos que suelen producirse entre los hijos de algunas familias obreras, cuando comienzan a producir dinero y a mezclarse con la burguesía.

C. M.: —¿Ha sido un proceso de radicalización?

J. V. R.: —No. Yo he venido racionalizando mi pensamiento político en la medida en que he venido estudiando y he tomado contacto con la realidad del país; por salir de un limbo político he podido ser lo que soy, al igual que “abogado de grandes compañías”.

C. M.: —Perdón, suelen decir que fue usted abogado de grandes compañías...

J. V. R.: —Eso no es cierto. Yo fui abogado de una compañía de seguros porque hice un curso en esa especialidad, pero percibía un salario normal como empleado de esa compañía, a la que asesoraba en materia de tránsito y de responsabilidad civil. Pero, con motivo de ese comentario, es bueno que yo diga que todo lo que se me atribuye de bienes personales corresponde a la leyenda que se forma en torno a un político. No tengo esos bienes personales, no he heredado fortunas. Lo que ocurre es que la derecha, y algunas

veces una izquierda gafa, se hacen eco de acusaciones contra un dirigente político al cual no hay nada que sacarle.

José Vicente Rangel Vale hace referencia a la “lógica del sistema”. Esta considera normal que una persona que proviene de clase media o con recursos deba ser, necesariamente, representante de los grandes intereses económicos. Cuando esa lógica se quiebra y esa persona no es así, entonces vienen esos tipos de comentarios.

J. V. R.: —Pero dentro de la lógica del sistema aparece como normal que el hijo de un obrero, de un trabajador, corone su vida siendo abogado de las grandes empresas. Allí la lógica funciona, se quiebra únicamente cuando uno adopta un comportamiento más avanzado del que se espera.

El doctor Rangel vuelve sobre el paso de sus declaraciones para continuar explicando que una persona que viene de un ambiente, si se quiere despolitizado, que sin ruptura en el marco familiar y espiritual pasa de ese estado por una racionalización de la vida a asumir una serie de compromisos, recoge mucho de lo que ha sido el tránsito de Venezuela, un país feudal, primitivo, dominado inicialmente por uno de los grandes mitos de nuestra historia, como fue Gómez, y lo que es Venezuela después de 1945. En nuestra conversación, Rangel nos define cuál es el socialismo idealizado por él:

J. V. R.: —Un socialismo profundamente humanista, vinculado a los valores de la libertad, como expresión más alta de la libertad y como profundización de la democracia. Porque yo siempre he sostenido que, en el marco de la Constitución de 1961, de consenso y altamente democrática, se pueden impulsar reformas muy profundas en este país.

LOS DERECHOS HUMANOS

Comenzamos la redacción de este trabajo señalando que José Vicente Rangel Vale nació a escasos cien metros del Cuartel San Carlos,

hace 50 años; y que, probablemente, en la defensa de hombres allí detenidos, en la madurez, haya logrado su fama de hombre justo: “Para la mayor parte de la colectividad venezolana, yo soy la expresión de la defensa de los derechos humanos”.

¿Las razones de lo anterior? Probablemente, porque en una época ese era un tema secundario, en forma tangencial, como un tema de humanismo blandengue, y José Vicente explica las razones de que la situación esté cambiando. El hombre, a través de su capacidad creativa y de innovación, puede recorrer el espacio, producir los inventos más extraordinarios, derrotar las enfermedades y los microbios, pero, sin embargo, no puede enfrentar las propias aberraciones. En un mundo con un alto desarrollo científico, se sigue degradando al ser humano.

JVR Y EL MAS

Hablamos, una vez más, cuántas veces que José Vicente Rangel Vale ha debido tratar este tema de la no inscripción en el MAS de nuestro entrevistado, y surge su tesis del recelo entre los independientes y los partidos. Estos son considerados oportunistas y los partidos tienen recelos pensando que pueden ser utilizados luego como bagazos:

J. V. R.:—Pero la relación del MAS conmigo ha sido distinta. Atípica. Yo creo que uno de los grandes éxitos de la política del MAS ha sido el romper en el ánimo de mucha gente esa perturbación que ha existido entre independientes y partidos; porque cuando el MAS confía a un independiente la oportunidad de ser, en dos ocasiones, su candidato presidencial, le está diciendo al país que es un partido capaz de ese desprendimiento. Y al mismo tiempo, cuando un independiente como yo demuestra una lealtad por encima de cualquier contingencia, les está diciendo a los independientes que la relación puede adelantarse de una forma distinta.

C. M.: —Recuerda José Vicente Rangel cómo Pompeyo Márquez le pidió hace siete años que participara de la política del MAS, sin pedirle inscripción en el partido. Y se le ofreció la candidatura presidencial sin exigirle esa inscripción:

J. V. R.:—Luego, el MAS me abrió democráticamente las puertas para un debate de ocho meses con un dirigente histórico



del partido, como Teodoro Petkoff; tampoco se me pidió militancia partidista. Yo creo entonces que el MAS ha dado una demostración de amplitud, y yo una demostración de lealtad.

C. M.: —Algunos creen que ese entendimiento entre el MAS y usted disminuirá en la medida en que el partido crezca y Teodoro Petkoff tenga posibilidades reales de ser presidente de la República...

J. V. R.: —Si esa relación mía con el MAS estuviese ubicada en el precario de la candidatura presidencial, como único elemento vinculante, seguramente que sucedería eso; pero la relación mía ha ido más allá. Es una relación política, ideológica y afectiva. No está sujeta a esa contingencia. Yo participo en un proyecto socialista y puedo tener, en un momento, divergencias con el MAS como las hay entre dirigentes de ese partido, de gran dinamismo interno, pero eso no quiere decir que vayamos a protagonizar un episodio de ruptura.

LA UNIDAD

Considerando José Vicente Rangel Vale que el MAS y él deben encarar, de una manera auténtica, audaz y dinámica, el proceso de unidad, el 3 de junio fue una manifestación concreta de las posibilidades unitarias, independientemente de los resultados finales de cada grupo de izquierda. Lo importante es que se rompió la polarización y ese factor es importantísimo:

A partir de esa fecha, la unidad es una política que impone el pueblo. El MAS, por ser el partido mayoritario, tiene especial responsabilidad en atender esa demanda popular; el MAS tiene que reivindicar uno de los rasgos más importantes de su proyecto político, que es la convergencia. Cuando el MAS nació, habló de una política para todos los venezolanos; es decir, de ir más allá de una política específicamente de la izquierda. La unidad tiene un rasgo político; la convergencia, una configuración social. Pues bien, yo creo que el MAS tiene el gran desafío estos años. Junto con las restantes fuerzas de la

izquierda, debe adelantar una política profundamente democrática durante los próximos años. La izquierda, con la plataforma que obtuvo el 3 de junio, debe trabajar para la unidad con todos los venezolanos. Y allí la importancia de buscar interlocutores en AD, Copei, los sectores más progresistas de los otros partidos; en las Fuerzas Armadas, para explicar nuestra concepción de la democracia y el socialismo y de la presencia en las Fuerzas Armadas en un proyecto de esa naturaleza; hacia los sectores cristianos, hacia todos los cultos y tendencias religiosas, para que entiendan que el socialismo que nosotros preconizamos no contempla solamente la pluralidad política y social, sino también la pluralidad religiosa.

LA AMISTAD

Hablamos de la experiencia de sectores macartistas y los esfuerzos necesarios, y cada día más victorioso por imponer por encima de viejas y reaccionarias campañas. Hablamos de la lucha contra la corrupción administrativa, en la que los socialistas deben mantener un puesto de vanguardia; del Poder Judicial, con sus corruptelas; y del reordenamiento necesario de la administración pública; y de tantos temas, algunos de los cuales debe tratar a diario nuestro entrevistado. Pero, en realidad, se nos escapa un poco el aspecto humano del cumpleaños; de este hombre que, por encima de sus polémicas posiciones, siempre ha sabido infundir respeto; de una persona a la cual ciertos rasgos físicos, una vestimenta y micho, más irradiaciones bondadosas, dieron en una campaña electoral imagen de beato y santurrón. Hasta que un tema surge en la conversación: el de la amistad:

J. V. R.: —Cuando llego a los cincuenta años me siento profundamente satisfecho porque soy un hombre que tiene amigos. Que tiene amigos en todas partes y que ha podido comprobar que la diferencia ideológica y la diferencia política pueden ser atenuadas cuando hay esa relación personal.

C. M.: —Nos habla de las diferencias políticas suyas con Carlos Andrés Pérez, a quien adversó como nadie desde que era viceministro del Interior; sin embargo, la amistad personal no se ha visto afectada sin que nadie se deponga de su actitud. Lo mismo puede decir Rangel de diferentes, como Luis Herrera Campins, con cuya familia han tenido gran relación y a quien considera un hombre honesto:

J. V. R.: —Viviendo en España, el primer vestido de mi hija, que ya a esta fecha está casada, se lo regaló Luis Herrera Campins.

C. M.: —Al hablarnos, el doctor Rangel nos menciona nombres de amigos en todas las agrupaciones políticas. En el campo de la izquierda, la lista prácticamente no excluye a figuras conocidas. De cada una expresa, nuestro entrevistado, reconocimiento a virtudes:

J. V. R.: —Yo he percibido que el venezolano tiene una vocación por la amistad. Aquí la amistad es el recurso más poderoso que anida en el seno del comportamiento del venezolano. Eso se expresa en las más variadas formas: ayuda en situaciones críticas, cómo a la hora de una fricción en la familia se convoca a la relación amistosa; cómo por vía de sacramentos, como el bautismo, se expresa esa deferencia personal. Pero este es un pueblo profundamente humano. Yo cada día estoy más convencido de que el pueblo venezolano es muy superior a sus dirigentes. El dirigente venezolano tiene la tendencia a aislarse y esa desvinculación le provoca un cierto rechazo elitesco a lo que es el sentimiento humano de los venezolanos; y allí está una de las grandes fallas, aparte de los factores sociales y de aislamiento de los gobiernos venezolanos. Pero si el dirigente político venezolano se comportara más a tono con lo que es la forma humana, como funciona nuestro pueblo, ese abismo que hoy se ve pudiera haberse cerrado.

C. M.: —José Vicente tiene 25 años de casado con Ana Ávalos, ceramista, nacida en Chile; de este matrimonio nacieron dos

hijos: Gisela Rangel, casada, estudiante de derecho; y José Vicente Rangel, hijo, estudiante de administración en la Universidad Central.

Llegó a los 50 años de vida despojado de odios, con una fe extraordinaria en el país y en su pueblo; sosteniendo que, para él, la política ha constituido una actividad muy noble, ya que no la aplicó en sus aberraciones. La política ha sido una experiencia de formación personal, en lo cultural, en lo humano; de perfeccionamiento de una actitud ante la vida, ante la sociedad.

J. V. R.: —Para mí, la política no puede ser hecha en el marco de la aventura y por eso la concibo como una permanencia sin saltos, sin medianías. No me he dejado ganar por el inmediatismo, por el tremendismo, por las circunstancias. Siempre he adoptado como norma no ir nunca en las palabras donde esas palabras no puedan estar acompañadas por los hechos. He aprendido, en esta actividad, que siempre habrá alguien más a la izquierda de uno, para tratar de sacarlo de lo que no considere la línea justa, la línea correcta. No he sido un político de vaivenes. Sostengo una visión muy amplia del país, del ser humano, de la realidad. Si por algo se me puede definir, es por ser un hombre antidogmático.

LOS 50 AÑOS DE MI AMIGO

FRANCISCO CAMACHO BARRIO



Mi amigo festeja sus cincuenta años. Uno piensa que es tiempo para agradecerle lo que le ha robado a ese medio siglo útil, para dedicarlo a la amistad leal, abierta y sincera, que siempre ha brindado. Ahora lo podemos tener frente a frente, sereno, exacto,

cordial. La nieve enraizada, ya para siempre, en el mostacho que cubre esa boca que nadie ha podido callar cuando defiende la causa popular. Esa blanca raya que atraviesa su rostro es como la división de su vida; de cuando dejó su mundo, que pudo ser cómodo y sin riesgos, y se fue con su mirada larga para apuntar hacia arriba, como la espiga de un trigo que ya maduró. Y ahora, cuando es dueño de la voz que estremece en la órbita del tiempo para defender al hombre; cuando reclama una mano que sea paz para cultivar una flor; cuando coloca su pulso de valiente ante las paredes que nos separan del fuego del atropello; cuando avanza solo para defender el derecho humano a la vida y la dignidad.

José Vicente Rangel Vale, cincuentenario, es mi amigo. Y uno aprendió a quererlo y a respetarlo cuando conoció su decisión para descubrir “el límite donde gira la lágrima”; por eso nos alegra y queremos festejarlo en estas líneas. Debo agradecerle que uno, que suele llegar tantas veces a tocar las puertas de la amistad y del afecto, en este caballero de la lealtad nunca encontró rechazo ni reserva. Él regala su afecto para que se convierta en la luz de una vela frente al espejo, que es la vida. José Vicente Rangel Vale es un hombre que recuerda, por su resistencia, las noches brumosas del dolor, del duelo, del terror. Este hombre recorrió las calles amargas para denunciar las épocas malditas del crimen, de la desenfrenada guerra, de los odios y sus manchas. José Vicente Rangel Vale buscó otras veredas, recién abiertas, a cuyos lados debían nacer las flores y en cuyo horizonte existiera “un arsenal de auroras”.

Ahora, cuando vemos caer la lluvia del invierno tropical, aferrados en el amor a la vida, queremos expresar nuestra alegría porque aún, y por mucho tiempo más, haya una estrella que ilumine su postigo de cielo.

Con el agua de la lluvia deben irse, arrastrados, los buitres de la ira.

¡Saludos, José Vicente, querido amigo!

EL VELLOCINO ROBADO CINCUENTA SIN CUENTO

MANUEL CABALLERO



En este mismo día me estoy enfrentando a dos de las tareas más arduas que me haya podido imponer: una es intervenir en un foro sobre la libertad de expresión, y esta, de escribir sobre los cincuenta años de José Vicente Rangel Vale. Digo que es ardua, ya que en el primer caso solo puedo decir que estoy de acuerdo con ella; en el segundo, que soy su amigo. Con esto está dicho absolutamente todo, el resto sería literatura.

Pero porque sea casual, ligar esos dos temas no deja por ello de ser, para mí y para todos los que conocen de cerca a José Vicente, profundamente significativo. Prácticamente, desde que lo vi por primera vez, hemos estado hablando con una máquina de escribir ante los dos: o bien yo escribía en ella las respuestas que él daba a mi pregunta; o bien, mientras escribía un editorial en donde comprometía no solo su inteligencia y su tranquilidad, sino, a veces, el pellejo, me daba tranquilas instrucciones sobre lo que debía hacerse en el día, en esos periódicos de vida agitada y efímera que él generalmente dirigía y donde yo, para fortuna mía, nunca he dejado de colaborar.

Decir que José Vicente es mi amigo, tanto como yo lo soy de él, indica a quienes nos conocen que esa relación nada tiene de incondicional. En lo que me concierne, particularmente, no sé qué Dios me hizo de esa pasta de las gentes que nunca pueden expresar su divergencia sino en forma abrupta y pugnaz, y que, en general, sea tanto más rudo mi lenguaje cuanto mayor es la profundidad de mi afecto. Hoy me viene a la mente uno de esos momentos en que José Vicente y yo divergimos: en cuanto al análisis de perspectivas y posibilidades, en cuanto a la táctica y la estrategia de la izquierda en 1963, ante las elecciones.

Hoy no tengo el menor empacho en reconocer que me equivocaba y él tenía razón, pero eso no es lo más importante, pues esas son las circunstancias habituales en la vida política: podía haber sido exactamente lo contrario. Lo fundamental es que José Vicente era el director del periódico y yo un colaborador que defendía una línea política opuesta a la suya. No voy a decir que jamás intentó imponerme su manera de ver las cosas, no porque no sea cierto que jamás lo hizo, sino porque esa es la frase habitual en estos casos, cuando se rinde un homenaje. Es mucho más sencillo contar lo que sucedió: yo me fui dando un portazo. José Vicente tomó las cosas con la misma serenidad que le conozco desde los años de liceo; la puerta

que yo cerré él la dejó abierta siempre. Pero cualquier político como “cancha” hace eso. La diferencia estriba en que, a mi regreso, detrás de esa puerta no estaba alguien esperándome para decirme “yo tenía razón”, lo cual tal vez habría recibido con inhabitual humanidad, ni tampoco para sonreírme con altiva elegancia “como decíamos ayer”, que yo hubiera rechazado con soberbia; sino la misma calidez en el estímulo, la misma derechura en la crítica, amigo mío.

ASÍ LO VIYO LOS 50 DE JOSÉ VICENTE

EDUARDO ROBLES PIQUER



Coincidiendo con la celebrada caída del sátrapa Somoza y con el esperado triunfo de Maritza Sayalero, que nos hizo amanecer universalmente bellos a los venezolanos con sangre española, o sea, a todos, cumplió 50 años José Vicente Rangel Vale, quien inauguró

prácticamente las celebraciones solemnes de esa edad que antes tenían lugar para personajes públicos y famosos, cuando llegaban vivos y coleando a los 70, 80 o 90 años.

El popular político tiene, pues, esa “mediana edad” donde un hombre es capaz de hacer cualquier cosa para sentirse mejor, excepto la de renunciar a cuanto ya no le sienta bien; esa edad en que se sigue siendo joven, pero con muchos esfuerzos; la quinta edad de las siete del hombre, que resumimos así: 1.^a, leche; 2.^a, leche y vegetales; 3.^a, leche, merengadas y caramelos; 4.^a, bistec, vino, refresco, papas fritas y hamburguesas; 5.^a, paté de *foie gras*, ancas de rana, caviar, crepé *suzette*, whisky y champaña. 6.^a, leche y galletas; 7.^a, leche. De ahora en adelante estará ya comprendido en la edad del “que bien te ves”. En esa conmemoración, con todo y velita, pastel, “cumpleaños feliz” y “mañanitas”, le acompañamos como lo hicieron un rato el presidente de la República, Luis Herrera, el expresidente Carlos Andrés Pérez y el ministro del Interior, Montes de Oca, y tantos otros; más de mil personas en un hotel capitalino de esta democracia civilizada, compatible con el uso de las palabras y conceptos más o menos ofensivos de unos y de otros. Y en ella se mostró J. V. R. V. como todo un capitalista, no de signos monetarios, sino de algo que tiene mucho más valor: de amigos a los que nos unen no solo las coincidencias, sino las discrepancias por aquello que recordó el homenajeado, de que en el respeto al derecho de los demás está la verdadera noción de libertad. Y por un amigo, él es un hombre al que se conoce a fondo y, sin embargo, se le quiere bien; porque hay que tratar al enemigo como si algún día pudiese ser tu amigo y viceversa...

Fueron la libertad, la democracia y socialismo en libertad y con justicia, junto con la amistad —que es lo único en la vida que hay que ganarse, lo demás se puede robar—, la tolerancia, la comprensión y la lealtad hacia los principios ligados a la condición humana,

su fe en el hombre venezolano, los temas de su discurso de aquella noche, agradeciendo el homenaje y respondiendo a las palabras escritas y leídas –por primera vez en su vida, quizás– de ese gran orador de orden que es el maestro Jóvito Villalba, quien nos ofreció una lección de historia tras la Primera Guerra Mundial y señaló, al referirse a José Vicente, su actitud firme y gallarda frente a los excesos de la acción oficial; al mismo tiempo que buscaba el digno retorno a la vida cívica de grupos e individuos colocados al margen de la ley democrática.

“Su trabajo ha sido de una tenacidad y de una limpieza moral nunca superadas en la vida de nuestro país”, afirmó, coincidiendo con quienes le asignaron –lo recoge Luis Buitrago Segura– “el mérito de haber contribuido a sacar a la izquierda de su *ghetto* para colocarla en un primer plano de importancia y respeto nacional”.

PARA JOSÉ VICENTE RANGEL

ORLANDO ARAUJO

Texto de su intervención en el homenaje
a José Vicente Rangel el día 21 de noviembre de 1978



Homenaje, en su origen, era un juramento. Hoy es una identificación entre personas que, siendo diferentes, guardan ética o estéticamente una identidad. Esto explica, aunque no convenga mucho, por qué mis generosos amigos del Movimiento al Socialismo corrieron el

riesgo, plenamente surrealista, de que un hombre de mi calaña, subsidiado del ocio y bohemio metafísico, hablara con ustedes sobre José Vicente Rangel Vale, con quien estoy desde hace 20 años identificado humana, ética, política e ideológicamente; un hombre a quien Juan Luis Vives no vacilaría en calificar de virtuoso, con todo lo que a virtud concede el humanismo, la sabiduría, la valentía serena, perseverancia, la capacidad de juzgar las cosas por su valor real; no yendo en pos de lo vil como si fuera precioso, ni desechando lo precioso como si fuera vil, ni vituperando lo que fuera loable, ni loando lo que fuere merecedor de vituperarlo. Como decía, la dignidad, muy adentro, reflejada en la acción y en la obra que sale y se expone a los ojos y al juicio de los hombres, decoro que asoma al exterior, de la virtud, virtud que vive recatada en la más entrañable intimidad.

Hay muy pocos hombres en mi país de los cuales se pueda decir lo que he dicho, invocando las ideas eternas de los hombres que meditaron sobre el hombre: “¿Quién podrá a boca llena dar a las llamadas dignidades ese nombre, si van a parar en sujetos indignísimos, que las buscaron con astucia, con engaño, con soborno, con cohecho y otros pésimos procedimientos?”

Conocí a José Vicente hace quince años, en la misma trincheira de los principios, pero enfrentados por cuestiones sencillas, de tácticas electorales, como endémicamente le sucede a la izquierda venezolana para goce y provecho de las clases dominantes, que por ello se atreven a insultarse entre sí, emocionadísimas con aquello de las contradicciones secundarias.

Y un día el mejor de mis destinos me llevó a su lado, en un partido y en una mesa de redacción. Fueron los años de lucha armada, la gesta más heroica que el siglo XXI registrará en los anales del sacrificio revolucionario venezolano del siglo XX. Fueron los años de *El Clarín* y de *El Venezolano*, del semanario *Qué pasa en*

Venezuela, del vespertino *La Extra* y del matutino *El Siglo*, nombres variables en los cuales se iba encorchando en un mismo periodismo, un mismo y terco desafío, para burlar las sucesivas clausuras que decretaba la multisápida democrática de Rómulo Betancourt y sus criaturas. No recuerdo esos tiempos con iracundia; tal vez, amigos míos, los recuerdos con dolor de ausencia.

¿No es eso lo que encierra la tierna luz de la nostalgia? No os olvidéis que, a pesar de andino, soy bruto para la política, pero un lince para atrapar en el aire de la vida un recuerdo que me haga llorar a solas. Soy eso que Radamés Larrazábal llamaba, tal vez por compasión —y cuando Pompeyo, por cariño, me metió en el Frente de Liberación Nacional—, soy un comunista romántico; pues bien, y todo va erasmianamente en homenaje a José Vicente Rangel.

Eran los tiempos y los sustos de aquellos talleres de redacción donde la vida era una conmovedora y cotidiana solidaridad: el profesor Maza Zabala, nuestro inefable director Eleazar Díaz Rangel; mandamás, Domingo Alberto Rangel, tecleando hasta que se fue a la cárcel y desde allá siguió en lo mismo, como Pompeyo Márquez, diez cuartillas y media; Jesús Sanoja Hernández, alias “El Tábano”; Federico Álvarez y “La Gringa”, como decir que el estilo es la mujer y la palabra es el hombre; Manuel Caballero y sus citas en francés; Héctor Malavé Mata y aquellos adjetivos latigazos; Cheíto, heredero de la unidad; Ludovico, siempre a pie y siempre limpio; Adriano, escribió bien, pero almorzando mal; Carlota Pérez, regañando a los tipógrafos y después sonriendo con aquellos ojos que nunca pude atravesar a nado; Héctor Mujica, tratando de robarnos a D. A. R. y a mí, al Br. Raimundo González; el padre Soto, a quien monseñor le había prohibido publicar artículos, entregaba los suyos a *La Extra*, diciendo que le habían prohibido escribir en la *La Religión*, pero no le habían dicho nada de no escribir en los periódicos de izquierda; y tanta noble gente: Jorge Valoz, el Chang de Lola, Adolfo

Herrera y los obreros. Y, entre todos nosotros, José Vicente Rangel Vale, austero, hombre de hora y punto, sencillo como corresponde a quien conoce, por el oráculo de su conciencia, cuál es su destino. Digámoslo con Martí: “Con los pobres de la tierra quiero yo mi suerte echar”.

Cuando yo me acerqué a José Vicente él venía de luchas y presiones anteriores. Yo, en cambio, venía de saborear con deleite la dulce manzana de Fedecámaras. De allí me sacaron contra mi voluntad Pompeyo, Trina y Teodoro; esos son amigos que uno tiene. Luis Miquilena se ríe, como la divina Eulalia. Y ya es hora, amigos, de que dejemos el pasado. ¿Dónde está y qué hace José Vicente Rangel ahora? Por Dios, que es uno de los hombres más verticales que haya conocido sobre la móvil irregularidad histórica y política de América Latina. En el confuso archipiélago ideológico sentimental de la izquierda, es el candidato presidencial de varias organizaciones cualitativamente dignificantes. El movimiento al socialismo, el MAS, es el partido central de esa candidatura.

¿A quién deshonra el MAS? Como cada clase tiene su moral, el MAS, sin duda alguna, desmoraliza a los Doce Apóstoles, a las doce familias, como decir, a los doce linajes que tienen dos maestros con crucifixión posible: Acción Democrática y Copei, más los lambucios, ya sean catires o morenos.

No me corresponde a mí —ni estoy en capacidad de hacerlo— dilucidar —y menos en un acto de homenaje— las razones y las sinrazones de la división de la izquierda. Pero sé, afirmo, estoy convencido y puedo demostrarlo, que en cada uno de los islotes que configuran la dramática geografía de nosotros mismos, en esta circunstancia electoral, afortunadamente transitoria, la representación individual de la contienda está sostenida —como sucedía con los caballeros de la Tabla Redonda del rey Arturo— por hombres que no solo han jugado su vida en un boleto de destino, sino que le permiten a uno escuchar

los pitos y los eslogan y la falsificación del lenguaje; con la serena convicción de que si uno persiste en la verdad que uno defiende, si cree en ella y la predica y no desfallece en la solidaridad con los oprimidos, humillados y ofendidos, alcanzará la tierra prometida, ya sea por la paz, ya sea por la violencia. Ya que sucede, amigos míos, que el camino hacia lo nuevo no está trazado de antemano: la utopía no tiene ingenieros o, para decirlo con los versos de un poeta latinoamericano, tan grande como Neruda, José Alfredo Jiménez: “Después me dijo un arriero que no hay que llegar primero, pero hay que saber llegar”.

Concluyo, amigos o, por lo menos, comienzo a concluir y voy hacia José Vicente. Decía Pascal, en sus *Opúsculos*, que hay en el mundo dos suertes de grandeza: grandeza por designación y grandeza por naturaleza. Las grandezas por designación dependen de la voluntad de los hombres... las grandezas naturales son las que, de suyo, no dependen ni de la fantasía ni del árbitro de los hombres, puesto que se fundan en cualidades reales y efectivas del alma o del cuerpo, que uno y otro les hacen más dignos de estimación, como serían el conocimiento, la viveza de espíritu, la virtud, el coraje, la salud, la fuerza y la voluntad de vencer, sin renunciadas al honor.

Y esta es, precisamente, la grandeza de mi amigo; pero Pascal no dice cuánto cuesta consolidar y enriquecer esa grandeza mediante la coordinación de lo que él considera natural, y cuánto exige al espíritu del hombre mantenerla a lo largo del camino. Es como la búsqueda del Santo Grial o de la Ciudad del Sol; o –digámoslo en términos socialistas– la lucha por la conquista de una nueva sociedad sin explotadores y, por tanto, sin explotados. En ese camino, José Vicente Rangel Vale ha sido el Parsifal de la revolución venezolana; o el San Sebastián, si lo queréis en términos cristianos. El asedio, la amenaza, la trampa, la calumnia y el insulto: todo el pestilente gargajo de la maldad no ha alcanzado su rostro. Digámoslo, nuevamente, con

José Martí: “Yo he visto al águila herida volar al azul sereno y morir en su guarida la víbora del veneno”.

Quiero reprocharle que su incansable defensa de los derechos humanos –no solo por el caso Lovera ni por el de Labana Cordero, bien conocido, sino por la defensa a todo riesgo y cotidiana de los casos que ni la prensa recoge– obedecía a su afán publicitario y a un propósito político.

No lograron ni siquiera alterarlo. Lo hicieron más fuerte, como fortalecen las heridas al guerrero; puedo decir, a su pueblo, como en el Centro General de Neruda: “Yo no vengo a llorar aquí donde cayeron: vengo a vosotros, acudo a los que viven. Acudo a ti y a mí y en tu pecho golpeo...”.

Ese es el hombre con el cual hoy hacemos acto de identificación, como decir, homenaje. En él confío. Yo, que un día le dije que el tiempo no alcanzaba y él respondió: no es que tengamos poco tiempo, sino que lo gastamos mucho.

José Vicente, amigo mío: frente a la puñalada trapera, recuerda que la virtud consiste en ser tranquilo y fuerte. Tú lo has demostrado y con Rubén Darío lo confirmo: “Pasó una piedra que lanzó una honda, pasó una flecha que lanzó un violento; la piedra de la honda fue a la onda y la flecha del odio fuese al viento”.

¿Recuerdas los versos de Martí que cite hace rato para agarrar con ellos tu destino?

“Con los pobres de la tierra quiero yo mi suerte echar”. Pues bien, déjame conminarte, a ti y al MAS, no olvides que el homenaje es juramento, con la biblia latinoamericana en mi memoria, salmo 76:

“No entre a las fieras el que respeta tu nombre”. No olvides para siempre la suerte de tus pobres. Mira con qué finalidad han guardado tu alianza, refugiados en los escondrijos del país. “Que el oprimido no vuelva avergonzado, que puedan alabar tu nombre el pobre y el desamparado”.



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
PRÓLOGO	9
Por la patria	9
Campaña histórica	10
50 años	11
DISCURSO DE JÓVITO VILLALBA	13
DISCURSO DE JOSÉ VICENTE RANGEL VALE	25
Tengo plena conciencia de que el acto de vivir es el acto de servir	25
JOSÉ VICENTE RANGEL VALE A LOS 50 AÑOS	31
Radicalización	36
Los derechos humanos	37
JVR y el MAS	38
La unidad	40
La amistad	41
LOS 50 AÑOS DE MI AMIGO	45
EL VELLOCINO ROBADO CINCUENTA SIN CUENTO	49
ASÍ LO VI YO	
LOS 50 DE JOSÉ VICENTE	53
PARA JOSÉ VICENTE RANGEL	57

José Vicente Rangel Vale
Homenaje en sus 50 años

Digital

Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas, Venezuela,
en el mes de julio de 2025





Ana Ávalos (Chile, 1940)

Escultora chilena, radicada en Venezuela desde 1958. Sus estudios en cerámica iniciaron en el Taller Libre de Arte y en la Escuela Cristóbal Rojas. Es codirectora del Centro de Arte Últimas Noticias desde 2014. Cuenta con varias obras expuestas en Caracas, entre ellas: *Amistad*, ubicada en la Estación La Hoyada del Metro de Caracas (1985); *La mujer del Calvario*, ubicada en el céntrico espacio de El Calvario, en Caracas (1986); *La familia*, ubicada en el Parque Vargas, de Caracas (1987); y el *Monumento a Salvador Allende*, ubicado en la Universidad Central de Venezuela (1993).

Entre muchos atributos como persona, dos características especiales estuvieron presentes en la vida de José Vicente: su imparcialidad en la noticia, como periodista; y su tendencia permanente a la defensa moral y física de cualquier ciudadano venezolano. Por tales cualidades, acompañadas de una marcada tendencia a la irrevocable sinceridad en la amistad, sus allegados, colegas, compañeros de lucha y personalidades de la política venezolana, le brindaron un merecido reconocimiento. En memoria de aquel momento nace *José Vicente Rangel Vale. Homenaje en sus 50 años*.

IMPRESO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

